

## ENTREVISTA A NOAM CHOMSKY

Camilo J. Cela-Conde y Gisèle Marty

Universidad de las Islas Baleares

1. Usted ha mencionado muchas veces que la idea cartesiana acerca de la capacidad de utilizar signos lingüísticos para expresar pensamientos libremente formados supone un excelente enfoque para comprender lo que es el lenguaje humano. Pero hay otra forma de considerar el cartesianismo: la que sostiene el funcionalismo cognitivo cuando propone un dualismo entre estructuras biológicas y funciones mentales. Por decirlo en palabras de Fodor, “es una especie de accidente el que los sistemas psicológicos resulten estar encarnados en sistemas biológicos”.

¿Es posible ser “cartesiano” en el primer sentido y no en el segundo, como parece indicar el programa minimalista?

Noam Chomsky.— Se puede interpretar el concepto “cartesiano” de varias maneras, centrando la atención en uno u otro componente de las ideas que fueron desarrolladas o influenciadas por Descartes. Una observación que jugó un papel significativo en el pensamiento cartesiano es la de que el lenguaje humano tiene aspectos “creativos”. Descartes y sus sucesores argumentaron que estos “aspectos creativos del uso del lenguaje” (es una expresión mía, no de ellos) no pueden ser explicados en términos mecánicos y proporcionan la evidencia más clara

que existe de que otra criatura tiene una mente como la nuestra. Son éstas las manifestaciones de la segunda sustancia, la *res cogitans*, en la metafísica cartesiana.

Es posible que Descartes conociera el trabajo de Juan Huarte, quien poco antes había enfatizado el “poder generativo” de la inteligencia humana ordinaria que permite a las mentes activas “asistidas sólo por el sujeto, sin la ayuda de ningún Cuerpo, producir miles de Conceptos de los cuales nunca habían oído hablar”. Huarte prosiguió distinguiendo esta capacidad humana única y compartida, infinita en su alcance, de otras formas de creatividad aún mayores que, según él, no constituyen unas propiedades humanas comunes. Algunas ideas similares fueron ampliamente desarrolladas en años posteriores, especialmente en la época romántica.

Esas observaciones e intuiciones básicas parecen bastante razonables, y también significativas. Pero pueden ser reexpresadas sin contar con el dualismo metafísico que destruyó Isaac Newton a través de la demolición que hizo de la “filosofía mecánica”. Newton nos dejó con una imagen del mundo que es “antimaterialista”, que confía en “fuerzas espirituales”, como dice de manera caricaturesca, pero captando el punto esencial, Margaret Jacob. La propia postura de Newton sostenía, como ha concluido Alexander Koyre, que “una física puramente materialista o mecánica es imposible”. Desde entonces no ha habido, en mi opinión,

---

Correspondencia: Camilo J. Cela-Conde  
Departamento de Filosofía  
Universidad de las Islas Baleares (Spain)  
E-mail: dflccc0 @ps.uib.es

ninguna formulación coherente del dualismo metafísico o del problema mente/cuerpo.

Es posible reconstituir un cierto tipo de dualismo de una forma diferente: de la manera que ustedes mencionan, por ejemplo. Es decir, el dualismo inducido por la ciencia cognitiva teórica y la filosofía de la mente. Supongamos que estamos investigando algunas de las funciones del cerebro (llamémoslas “funciones mentales”) aisladas de las propias estructuras del cerebro. Este procedimiento puede ser perfectamente legítimo y razonable, pero tendríamos que ser cautelosos y no sacar de él unas conclusiones insostenibles. El procedimiento no se restringe a las “funciones mentales”; hay otras propiedades del mundo que pueden ser estudiadas de manera similar, y que lo son corrientemente. De este modo se puede estudiar el sistema solar como un sistema de masas puntuales dentro de la “mecánica racional”, que es básicamente una rama de las matemáticas. Y se pueden estudiar las propiedades químicas aisladas de las propiedades de las partículas en movimiento; de hecho, ésta es la manera como se estudiaba la química antes de que la revolución de la teoría cuántica hiciera posible la unificación de la química con un tipo radicalmente diferente de física. La química logró sus “triumfos al margen de la ciencia física últimamente emergente” subrayó un historiador muy importante del tema (Arnold Thackray). Eso mismo es cierto para la genética anterior al descubrimiento de los mecanismos implicados en ella, y hay muchos otros ejemplos.

No pienso que los aspectos mentales del mundo sean diferentes en este aspecto de otros. Si bien es posible, y a veces útil, estudiar ciertas propiedades de un sistema X de manera abstracta, sería una forma inaceptable de dogmatismo, en mi opinión, el rechazar en principio las intuiciones acerca de estas propiedades que puedan derivarse de otras maneras de estudiar el sistema X. Y

esto es cierto si al hablar de X nos referimos a un sistema planetario, o las propiedades químicas, o a la genética, o a las funciones mentales, o a cualquier otra cosa.

Supongamos que tenemos dos teorías de las funciones cognitivas, y se descubre que sólo una de ella es compatible con las estructuras cerebrales. No tendría ningún sentido dejar de lado esta evidencia basándose en que, a la hora de estudiar las funciones mentales, estamos haciendo abstracción de las estructuras cerebrales.

En el mundo post-Newtoniano, no parece haber alternativa coherente a la sugestión de John Locke de que, de la misma manera que el movimiento tiene efectos “que de ninguna manera podemos concebir que el movimiento sea capaz de producir”, también algunos tipos de materia organizada pueden tener una “facultad del pensamiento”. Al igual que concluyeron otros autores en el siglo siguiente, estas propiedades “llamadas mentales” son el resultado de la “estructura orgánica” del cerebro de igual manera que la materia “es dueña de poderes de atracción y repulsión” que actúan a distancia (La Mettrie, Joseph Priestley). Podemos decir que es una “especie de suerte” que la materia organizada presente “poderes de atracción y repulsión”, o propiedades de afinidad química, o “fenómenos psicológicos”. Pero esto me parece una manera errónea de expresar el hecho de que las verdades empíricas no se sostienen *a priori*.

Me parece que el planteamiento “cognitivo funcionalista” extrae del cartesianismo la propiedad equivocada: el dualismo que tenía sentido como hipótesis científica cuando Descartes lo formuló pero que, como mostró Newton, no puede sostenerse. El funcionalismo cognitivo reconstruye una perspectiva dualista de una forma metodológicamente útil como medio de investigar el mundo en el estado actual de nuestro conocimiento, como sucedió en el caso de la química durante la mayoría de su historia mo-

derna, o de la genética pre-ADN, etc. Pero, en mi opinión, eso no debería ser considerado más que como algo temporalmente conveniente, a lo que no podemos dotar de ninguna importancia metafísica.

Así que en respuesta a su pregunta, pienso ahora, y siempre he pensado, que es posible -y de hecho bastante apropiado - ser "cartesiano" en el primer sentido que ustedes mencionan, pero no en el segundo. La conclusión se aplica tanto al programa minimalista como a todo mi trabajo anterior.

2. En su artículo "Language and Nature" (1995), sostiene usted que el "dualismo metodológico" es más pernicioso aún que el "dualismo metafísico". ¿A qué tipo de dualismo pertenece la metáfora de la computadora?

N.C.- La metáfora de la computadora es inofensiva, y quizá incluso útil, si se admite que no es nada más que una metáfora. Si se intenta algo más que esto, creo que caemos en el peligro del "dualismo metodológico", término con el que entiendo la exigencia de dejar de lado las suposiciones normales de la indagación racional cuando se investigan los aspectos mentales del mundo. Déjenme subrayar que nadie (al menos nadie entre aquellos de los que estamos discutiendo aquí) defiende el dualismo metodológico. Pero a menudo encontramos en la práctica manifestaciones así, como he intentado ilustrar en otro lugar. En mi opinión, ésta es una cuestión que está extendida por toda la ciencia cognitiva teórica y la filosofía de la mente contemporáneas.

A veces ayuda a la imaginación el pensar en las funciones mentales como "software" y en el cerebro como "hardware", de manera que podemos decir, así, que la psicología (incluyendo la lingüística) estudia el software, mientras que las ciencias del cerebro estudian el hardware. Pero por las razones que ya he mencionado, eso tiene que ser considerado todo lo más como algo útil. El cerebro es un objeto del mundo natural, y

sólo podemos dar por sentado que esos fenómenos "llamados mentales" son el resultado de la "estructura orgánica" del cerebro. En ese sentido los fenómenos mentales son muy parecidos a las propiedades químicas, ópticas, eléctricas o de otro tipo. No implican cuestiones fundamentales de principio, sino simplemente cuestiones de hecho. La distinción software/hardware es mucho más oscura y plantea todo un tipo de problemas que no surgen cuando estamos considerando un sistema natural y sus propiedades. La distinción software/hardware no es una propiedad del mismo aparato, sino que depende más bien del propósito del diseñador, del uso estándar, y de otros factores que no aparecen cuando estudiamos un sistema natural como es, en particular, el cerebro y sus propiedades mentales.

En pocas palabras, la metáfora de la computadora es inocente si se adopta como una conveniencia, pero puede ser engañosa si se toma demasiado en serio.

3. El tipo de computación mental que explica usted en su programa minimalista recuerda al propio del conexionismo. Quisiéramos saber si se trata de una coincidencia o si eso refleja relaciones más profundas.

N.C.- Las teorías conexionistas estudian ciertas propiedades de las estructuras del cerebro en abstracto. Como cualquier otra teoría, tienen que demostrar su legitimidad en términos del poder de comprensión y explicación que ofrecen. En el caso del lenguaje, no hay mucho que discutir: existen pocos resultados significativos, que yo sepa. Se han hecho muchos esfuerzos por intentar modelar algunos aspectos marginales de la adquisición del lenguaje en estos términos (como, por ejemplo, la adquisición de los verbos irregulares en inglés). Los resultados no son concluyentes e incluso si se pudiese demostrar algo no está claro cual sería su alcance.

Hay algunos elementos del uso del lenguaje que podrían bien prestarse a la inves-

tigación en términos conexionistas. Supongamos, por ejemplo, que Peter es un hablante de “mi lenguaje” (entendiendo por tal un lenguaje parecido al mío, por medio de algún criterio que varía con las circunstancias y las intenciones). Si me encuentro con Peter, mi sistema sensorial se adapta rápidamente a su habla y soy capaz de interpretar sus expresiones gracias a los mecanismos de mi propio sistema lingüístico; entiendo que está diciendo lo que yo diría por medio de unas expresiones que son la contrapartida de lo que oigo bajo esta “transducción”. Estas experiencias familiares cotidianas pueden extenderse a un campo bastante amplio y no se explican trivialmente de ninguna manera. Es posible que los sistemas de procesamiento periféricos de carácter conexionista jueguen un papel en una adaptación muy rápida como ésta. Se pueden imaginar otras posibilidades semejantes, y puede ser muy bien que merezca la pena proseguir con ellas.

En la literatura especializada existen muchas discusiones acerca de lo que significa el que una descripción de las funciones cognitivas en términos de redes neuronales demuestre ser factible. La mayor parte de esta discusión me parece que ilustra de nuevo el dualismo metodológico. Dudo que la literatura de la embriología incluya muchos debates sobre lo que significa el que unos modelos no estructurados, con propiedades desconocidas, sean capaces de describir el desarrollo de los organismos sin apelar a las construcciones complejas en términos de concentración de sustancias químicas, programa interno de células, producción de proteínas, etc.

En cuanto al programa minimalista, me parece tan alejado en su concepción de la arquitectura conexionista como lo han estado otros modelos computacionales del lenguaje. Por mencionar una de las propiedades más simples, el programa minimalista, como otros, asume que la componibilidad

es una propiedad fundamental y elemental de los sistemas del lenguaje; una de las pocas operaciones admisibles toma dos objetos ya formados, liga uno al otro y construye un nuevo objeto con las propiedades del blanco de atracción. Quizás se puedan expresar propiedades similares mediante un modelo conexionista lo suficientemente intrincado, quizás no; el tema está bajo debate. Cualquiera que sea su resultado, de momento parece razonablemente claro que una propiedad fundamental y elemental de los modelos computacionales es, en el mejor de los casos, una propiedad extraña y compleja de los modelos conexionistas, una propiedad inesperada y antinatural (aun cuando sea formulable).

4. Quienes sostienen la teoría de la identidad mente/cerebro son criticados a menudo desde este punto de vista: un acto simple, como el de coger un libro que está sobre una mesa, implica la necesidad de la “decisión” de coger el libro (algo similar al *nous poieticus* de Aristóteles). ¿Cree usted que debemos postular la existencia de en el cerebro de algo más que:

- I. La percepción del libro
- II. El recuerdo de las emociones ligadas a las lecturas previas
- III. La orden motora de coger el libro?

N.C.— Soy escéptico acerca de estas formulaciones en todos los aspectos a los que se refieren. Para empezar, una tesis de la identidad mente/cerebro presupone de alguna manera el distinguir entre mente y cerebro. No conozco ninguna vía sensata de hacer la distinción, excepto en el sentido irrelevante ya mencionado: podemos estudiar ciertas propiedades del cerebro “llamadas mentales” en abstracción de otras, como una conveniencia. En segundo lugar, no hay razón alguna para creer que una acción tenga que ser precedida de una “decisión” de emprenderla. Puedo coger un libro de la mesa,

o decir que hace demasiado frío para nadar, sin antes tomar una decisión para ejecutar la acción.

Un informe de la conducta en tales términos mezcla diferentes formas de descripción y explicación de una manera que producirá obligatoriamente confusión y no luz. En el uso ordinario común, hablamos de gente que toman decisiones y actúan a partir de estas decisiones, aunque también hablamos de cometas que apuntan hacia la tierra pero (por suerte) no aciertan, y de olas rompiéndose contra la orilla. Las ciencias naturales no intentan entender las descripciones intencionales ordinarias en el caso de los cometas y de las olas, y hay pocas razones para esperar que las ciencias, si alguna vez llegan tan lejos como hasta la acción humana, intenten incorporar vías del sentido común para describir la conducta racional y apropiada. Hay que añadir que estamos ante un SI condicional muy grande: el objetivo queda lejos, y quizás sea inalcanzable por razones relacionadas con la capacidad cognitiva humana; algo que, si es verdad, no tendría que sorprender a nadie que piense que los humanos son parte del mundo orgánico y no unos ángeles.

En el uso ordinario describimos la acción humana en términos de lo que la gente percibe, recuerda, intenta, decide, etc. Las ciencias han llevado a cabo un trabajo bastante interesante acerca de la percepción y de la organización de la actividad motriz, pero no alcanzan -y ni siquiera contemplan- la explicación de la conducta. En mi opinión personal, la especulación no es muy útil en este asunto, no más útil de lo que hubiera sido hace dos siglos especular acerca de la naturaleza de los elementos químicos (que Lavoisier pensaba que nunca llegaríamos a conocer), el extraño "semi-espiritual" carácter de la electricidad que tanto intrigó a Newton, etc. El mundo es como es. Una parte de nuestra vida intenta adquirir una comprensión teórica de su naturaleza y funciona-

miento, utilizando las "capacidades para hacer ciencia" que son un componente de la mente humana del que entendemos tan poco como de la mayoría de los otros temas complejos. Otra parte de nuestra vida intenta comprender lo que está pasando alrededor nuestro en los únicos términos que nuestro entendimiento compartido ordinario lo permite.

5. Aun así, no parece que sea del todo imposible expresar un correlato neurobiológico de lo que podría ser una "decisión", de algún tipo de decisión al menos. El descubrimiento del "slow negative DC-potential" que aparece en ciertas áreas corticales implicadas luego en actos intencionales ha dado lugar a la consideración del llamado "readiness potential" o "Beretischtpotential" (BP) (Kornhuber and Deecke, 1965). Deecke (1996) ha sugerido que ese descubrimiento puede contribuir a potenciar los estudios de la filosofía de la mente "pre-rolándicos" (motivación, voluntad, previsión) frente a los "retro-rolándicos" (percepción, cognición). Quizá no sea posible todavía "explicar la conducta" en esos términos, pero parece que estamos más cerca de entenderla de lo que Newton estaba respecto del carácter "semiespiritual" de la electricidad, ¿no lo cree así?

N.C.- Las explicaciones acerca de cómo andan las cucarachas suelen formularse en términos de la organización de unidades neuroconductistas (osciladores, servomecanismos, etc.) Si son correctas, deberían existir los correlatos neurobiológicos correspondientes. Algo similar debería ser cierto en el caso de la organización de la actividad motora humana. Esas explicaciones incluyen por lo común unas nociones que se relacionan de forma vaga con aquello en lo que pensamos como planes, intenciones y cosas así. Los teóricos toman prestados a veces términos del uso ordinario como "plan" e "intención", al igual que los físicos hablan de energía y líquidos y los científicos de la

Tierra de ríos y montañas. Pero igual que en los otros casos, no veo ninguna razón para esperar que el significado de las palabras tomadas en préstamo se relacionen con el significado ordinario que tienen. O, por decirlo de manera diferente, que las nociones de sentido común den lugar a explicaciones teóricas. Otros autores piensan de manera distinta y ven el asunto como significativo en este caso particular (aunque no en otros), incluso crucialmente significativo; por ejemplo, los “realistas intencionales”, si entiendo bien sus argumentos. Pero no estoy convencido de ello.

El progreso en el estudio de la organización de la conducta nos deja todavía muy lejos de la explicación de la conducta. Las razones de que sea así tienen que ver con los fenómenos de la experiencia ordinaria también presentes en el corazón del pensamiento cartesiano, que distinguía entre máquinas que están “obligadas” a actuar de un cierto modo (a partir de un estado interno y un ambiente externo) y humanos que estaban sólo “incitados e inclinados” a actuar así pero (bajo las mismas condiciones) podían decidir otra cosa. Por poner un ejemplo cartesiano típico, puedo estar muy motivado (“incitado e inclinado”) a retirar mi dedo de la llama, pero puedo elegir el quemarme. Puedo incluso poner el dedo en la llama adrede sin que medie una decisión consciente, y sólo llegar a reconocer lo que estoy haciendo como parte de la acción. Sea lo que sea que suceda, la acción motriz tiene que estar organizada (inconscientemente) en algún punto. Es en ese punto donde comienza la investigación científica. Esta puede postular algo parecido a motivaciones, fines, etc., y buscará ciertamente los correlatos neurológicos de lo que queda implicado en la organización de la conducta. Pero aquello que corresponde a la elección (posiblemente perversa) de la acción, es algo que queda en otro sitio, tal como argumentaron, no sin razón según creo, los cartesianos.

Nos encontramos ante el clásico problema de la elección del acto, de la voluntad y la decisión. Supongamos que sabemos todo acerca de “cómo se mueven los miembros de los cuerpos de los animales bajo el mando de la voluntad”, como dijo Newton cuando examinaba los misterios que le confundían. Parece que, aun así, todavía estaríamos delante del problema tradicional de “cómo decide la voluntad” a la hora de dar una orden u otra; por ejemplo, al poner el dedo en la llama pese a los factores que nos “incitan e inclinan” a hacer lo contrario.

Ha habido muchos esfuerzos por supuesto, incluyendo algunos muy sofisticados e intrigantes, encaminados a mostrar que el problema está mal formulado y no se tiene en pie o que tiene ésta o aquella solución. Personalmente creo que el problema básico continúa siendo el mismo que siempre fue.

Por replantear las cuestiones tradicionales en la terminología que ustedes sugieren, si se encontrasen los correlatos neurobiológicos de algo parecido a una “decisión”, eso dejaría sin contestar aún los problemas tradicionales de la elección y la acción. Todavía no se ha abordado la cuestión de cómo “la voluntad”, incluso superando las motivaciones más fuertes, lleva a cabo una particular decisión y no otra.

Esas cuestiones no se alcanzan mediante el estudio empírico de la organización de la conducta, incluso cuando éste hace uso de nociones similares a “plan”, “intención”, “decisión”, “motivación”, etc. En su revisión clásica, C.R. Gallistel escribe que “la motivación, en el sentido en que uso el término aquí, se refiere a esos procesos del sistema nervioso central que organizan la conducta de forma que, en su conjunto, los actos separados del animal tienden hacia un punto culminante, o una acción, o una condición” (Gallistel, 1980, p. 321). Eso está bien, pero también existe un problema aparentemente distinto y no tomado en cuenta: la elección de la acción que inicia esos pro-

cesos y no otros. La brecha continúa siendo la misma, tal como veo las cosas, incluso si se encuentran los correlatos neurobiológicos.

El estudio de la organización de la conducta y sus correlatos neurobiológicos investiga cómo intervienen los mecanismos internos en el acto de tomar una taza de encima de la mesa, pero no alcanza la cuestión de cómo elijo el hacer eso en lugar de empujar la taza fuera de la mesa —cosa que podría hacer incluso si acabase seriamente herido al realizarla. Me parece que estas cuestiones se unen, en cierto modo, a las del “aspecto creativo del uso del lenguaje”. Y al igual que en ese caso quedan más allá de nuestra capacidad de conocimiento, por el momento al menos y quizás para siempre, como a veces pensó Descartes. No tenemos ningún programa de investigación serio que se refiera a esos problemas, al menos que yo sepa.

No me parece que haya ningún motivo razonable para creer que la conducta *está* causada, en ningún sentido de “causa” que podamos entender, así que no hay ninguna razón para esperar que exista una teoría que explique *cómo* está causada. Puede que no exista ninguna “explicación de la conducta” capaz de ocuparse de esas cuestiones tradicionales de la filosofía de la mente, cuestiones que no pueden ser minimizadas fácilmente, según creo. Por lo que hace a la sugerencia de que los filósofos de la mente consideren “la motivación, la voluntad, la previsión”, no entiendo qué quiere decir. La motivación y la voluntad (y en algunos casos la previsión) son algo que siempre hemos tomado en consideración, así que los problemas básicos me parece que continúan estando donde siempre estuvieron.

No quisiera llevar muy lejos la analogía entre la comprensión de la conducta y la del carácter “semiespiritual” de la electricidad (en el caso de Newton), pero si hay que seguir con ella deberíamos sacar la conclusión

opuesta: estamos mucho más lejos de la comprensión de la conducta. Las propiedades que Newton consideraba “semiespirituales” son reales: en términos de Newton, la fuente de la electricidad no pierde peso y la electricidad tiene efectos detectables, así que la electricidad tiene aspectos materiales e inmateriales, una conclusión que él interpretaba dentro de sus teorías físicas maduras en términos de la herejía arriana (Newton estaba interesado en la “gran teoría”, no sólo en la física, por supuesto). Por el contrario, no sabemos que exista algo como la “explicación de la conducta”, según me parece. Sin embargo, no cabe duda de que hay mucho por aprender acerca de la organización de la acción. Quizá algo como las decisiones, los planes, las intenciones, entren de hecho en las explicaciones teóricas dentro de algún nivel apropiado. Por decirlo una vez más, podemos muy bien descubrir que las acciones no necesitan estar precedidas de ninguna “decisión” o “intención” en ningún sentido del término que se relacione ni siquiera débilmente con el uso ordinario —lo que no quiere decir que no exista ninguna actividad cerebral relevante cuando la acción (de alguna forma desconocida) se selecciona y luego se planifica, se organiza y se ejecuta.

6. ¿Puede usted darnos una opinión acerca de los estudios actuales (Crick & Koch, Damasio, Penrose, Smythies, Freeman) sobre la consciencia perceptiva? ¿Estamos ya descodificando “pensamientos”?

N.C.— No tengo ninguna opinión informada acerca de estos estudios, que he leído con interés pero que no estoy en condiciones de evaluar. Por lo que puedo ver, esas investigaciones están encontrando algunos correlatos neuronales de lo que en términos intuitivos informales llamamos “pensamiento” y “consciencia”. Pero el hueco es enorme, y los temas fundamentales que han sido una fuente de perplejidad desde siempre no se plantean. No digo esto como críti-

ca, ni mucho menos. Tenemos que seguir mediante la búsqueda científica todo lo lejos que se pueda llegar, pero es importante que los profesionales sean muy escrupulosos a la hora de describir su alcance. Eso es cierto tanto si pensamos en los economistas dando consejos sobre el transcurso del crecimiento y del desarrollo, en los científicos investigando los mecanismos cerebrales y las funciones cognitivas, o en cualquier otro caso. Sea cual sea el interés de estos logros, un programa de ordenador que genera pruebas de teoremas en cálculos proposicionales no resuelve el problema mente/cuerpo, una gramática generativa no da cuenta del “aspecto creativo del uso del lenguaje” y el descubrimiento de la actividad neuronal que correlaciona con la consciencia o la categorización no supone “descodificar pensamientos”.

7. El programa minimalista parece incluir un mayor énfasis en los aspectos semánticos del lenguaje, apartándose, en cierto modo, de los aspectos sintácticos. ¿Puede este enfoque animarnos a buscar “universales semánticos” del lenguaje humano? ¿Podría darnos algún ejemplo?

N.C.— No pienso que exista ninguna diferencia de punto de vista si consideramos la sintaxis/semántica o los universales semánticos, aunque, naturalmente, la comprensión de estos asuntos ha evolucionado con el tiempo.

Desde un principio, el trabajo de la gramática generativa fue motivado principalmente por unas cuestiones que llamamos normalmente “semánticas”. Mi primer libro amplio, no publicado durante muchos años, fue *Logical Structure of Linguistic Theory* (1955-56; publicado en parte en 1975). El capítulo introductorio esboza el campo al que intenta dedicarse el trabajo: de manera decisiva, el hecho de que una persona que tiene una experiencia limitada del lenguaje consigue entender de alguna forma nuevas expresiones de una manera

muy específica. El resto del libro trata de enfrentarse con el problema proponiendo los mecanismos que podrían ofrecer la interpretación de un rango infinito de expresiones a partir de la experiencia limitada que resulta suficiente para ponerlas en su lugar. Los trabajos siguientes introdujeron muchos cambios, a menudo radicales, pero siguieron en esencia por el mismo camino.

Personalmente yo prefiero usar el término “sintaxis” para referirme a esos aspectos; otros usan el término “semántica”, que a mí me gustaría reservar para el estudio de lo que se llama a menudo las conexiones “lenguaje-mundo”: más adecuadamente, desde mi punto de vista, las conexiones entre el lenguaje y otras partes del mundo, algunas de ellas dentro del organismo (como son, presumiblemente, los órganos articulatorios y los sistemas conceptuales, entre otros), algunas fuera de él, como la computadora que estoy usando.

Esta visión del lenguaje tuvo que ver con los universales lingüísticos, pero de una forma que difiere de otras aproximaciones anteriores. En el marco de la gramática generativa, los universales lingüísticos se toman como propiedades del estado inicial de la facultad humana del lenguaje, y no como propiedades observadas en todas o la mayoría de las lenguas. Ambos conceptos están relacionados, pero no son idénticos. Las propiedades del estado inicial no se encuentran normalmente reflejadas directa e individualmente: sus efectos se manifiestan en las lenguas particulares, pero lo hacen típicamente a través de complejas interacciones que implican las propiedades del estado inicial y de la experiencia que les lleva a asumir una u otra forma.

Considérese, por ejemplo, las frases (1)-(2)

- (1) él cree que John es un genio
- (2) su madre cree que John es un genio



La frase (2) puede entenderse como que la madre de John cree que él, John, es un genio. Pero la frase (1) no puede entenderse como que John cree que él, John, es un genio. En términos más técnicos, el pronombre (que puede o no articularse fonéticamente, dependiendo de la lengua) puede ser *referencialmente dependiente* de “John” en (2), pero no en (1). La propiedad de la dependencia referencial es llamada a menudo “semántica” porque juega un papel en lo que significan las expresiones y en cómo son entendidas. Yo prefiero llamarla “sintáctica” porque la investigación no alcanza aún las relaciones lenguaje/mundo; se limita a lo que “está en la cabeza”. Análogamente, deberíamos distinguir claramente la investigación sobre la manera como los sistemas sensoriomotores relacionan las expresiones con los sonidos del estudio de la información que proporciona el lenguaje de los sistemas sensoriomotores y cómo se construye mediante operaciones internas. Preferiría reservar el término “fonética” para la primera investigación y ver la última como parte de la sintaxis, en el sentido general del término, incluida la “fonología”. Es importante tener en cuenta esas distinciones.

Sean cuales fueren los términos que decidimos usar, la dependencia referencial queda determinada en parte por las propiedades de la expresión, en particular por la propiedad formal llamada técnicamente “comando-c” que se aplica al pronombre y “John” en (1) pero no en (2). Por lo que sabemos, el que la dependencia referencial está determinada por el comando-c en la forma ilustrada por esos ejemplos es una propiedad universal del lenguaje.

Podemos decir que uno de los “universales semánticos” es el de que para cualquier lenguaje L un pronombre no puede depender referencialmente de un antecedente con el que mantiene la relación de comando-c en L. Cundo vamos más allá, a los casos

menos elementales que éste, se vuelve más difícil el formular los universales de la manera siguiente:

(3) todos los lenguajes tienen la propiedad P.

Y no sólo más difícil, sino carente de sentido. La formulación (3) oculta el hecho de que las propiedades de las expresiones —incluida la forma como se entienden— son el resultado de la interacción de muchos factores, algunos de ellos derivados de la facultad del estado inicial del lenguaje y otros de la experiencia que induce cambios de estado en el “órgano del lenguaje”. Podríamos encontrarnos con los mismos problemas si pretendemos buscar “universales” de la forma (3) en otros sistemas, como, por ejemplo, el sistema fonético, o el sistema visual, o el sistema de organización de la conducta motriz.

Se puede dar una lista de muchos ejemplos de “universales” del tipo ilustrado, pero sería engañoso. Así, la propiedad del comando-c que entra en dependencia referencial juega también un papel importante a la hora de determinar la interpretación de expresiones de muy diferentes tipos. Considérense, por ejemplo, las expresiones (4)-(7):

- (4) John comió una manzana
- (5) John comió
- (6) John es demasiado listo para coger a Bill
- (7) John es demasiado listo para coger

A veces se traducen directamente a otras lenguas, y otras veces no. No puede haber serias dudas acerca de que la interpretación queda crucialmente determinada por las propiedades del estado inicial de la facultad del lenguaje. Estas son “universales” en el sentido del término que estoy considerando ahora, incluso si no pueden manifestarse de ninguna forma sencilla en los lenguajes particulares.

La distinción aparece aun más clara cuando examinamos de cerca las interpretaciones de esas expresiones. Nos encontramos con que (5) significa en términos generales, tal como esperaríamos, que John comió algo no especificado: el objeto directo “una manzana” que aparece en (4) se ha perdido y “rellenamos el agujero” con algo al estilo de una referencia no específica. Pero la analogía no se sigue en (6) y (7). La frase (6) significa algo parecido a (8), pero (7) no tiene, análogamente, el significado de (9), sino el de (10).

(8) John es tan listo que no cogerá a Bill

(9) John es tan listo que no cogerá a ninguna persona no especificada

(10) John es tan listo que nadie podrá cogerle

La “inversión” de la interpretación en el par [(8), (10)], que viola la analogía ilustrada en [(4), (5)] es sorprendente, y requiere una explicación. En esta caso la explicación no es trivial. Implica de forma crucial el comando-*c*, pero en interacción con otros principios invariantes del estado inicial de la facultad del lenguaje. No debe haber una forma simple de expresar los “universales semánticos” de la forma (3).

Las expresiones más simples son las palabras aisladas, “libro”, “casa”, “ciudad”, etc. Cuando investigamos sus significados, encontramos intrincadas y complejas propiedades que los niños conocen sin una experiencia relevante. Deben derivarse del estado inicial de la facultad del lenguaje y, por tanto, ser compartidas por todos los lenguajes humanos posibles. Por ejemplo, la palabra “libro” puede ser entendida de una forma concreta o abstracta. Supongamos que la biblioteca tiene dos ejemplares del *Ulysses*, Peter se lleva uno y John el otro. Peter lo encuentra muy inspirador y comienza a aprenderse de memoria, pero John lo odia y termina por quemarlo. ¿Cogieron el mismo o

diferentes libros? ¿Se refiere el pronombre “lo” a algo abstracto o concreto? No hay respuesta para esas preguntas. Están mal planteadas. Peter y John se llevaron el mismo libro si adoptamos la perspectiva abstracta al interpretar la palabra “libro” y el pronombre que depende referencialmente de él, y se llevaron libros distintos si adoptamos la perspectiva concreta. Tal como ilustra el ejemplo, no podemos adoptar ambas perspectivas simultáneamente, pese a la aparente contradicción, usando el pronombre “lo” en un caso desde la perspectiva abstracta y en el otro desde la concreta. Encontramos propiedades así incluso en los casos más simples —nombres de sustancias como el agua, por ejemplo— y esas propiedades proliferan hacia situaciones considerablemente intrincadas cuando vamos más lejos.

La investigación acerca de cómo se entienden las expresiones ha sido la fuerza directora de la gramática generativa desde el principio, y lo continúa siendo. El programa minimalista reformula, desde luego, el enfoque de alguna cierta forma en la medida en que asigna un papel más crucial a los “niveles de interfaz”, es decir, a los puntos de interacción entre el órgano del lenguaje y otros subsistemas de la mente/cerebro —sistemas sensoriomotores y modos de pensamiento y entendimiento. Pero los elementos básicos continúan siendo más o menos los mismos.

Se ha aprendido mucho, particularmente en los últimos años, sobre los factores que determinan lo que significan las expresiones y cómo se entienden. Ha habido también una buena cantidad de investigación productiva en la semántica del léxico, que revela muchas propiedades sorprendentes al estilo de las recién ilustradas en el caso de la palabra “libro”. Han sido éstas algunas de las áreas más interesantes y vivas de la investigación en lingüística de los últimos años. Pero no veo eso como un cambio del énfasis desde los aspectos sintácticos a los

semánticos del lenguaje, sino más bien como una parte de la profundización en el conocimiento de todos los aspectos sintácticos del lenguaje, usando ahora el término “sintaxis” en su sentido más general (y tradicional), es decir, referido a los objetos simbólicos y sus propiedades, incluyendo en ellas las propiedades que entran dentro de la forma como se usan.

8. Ha hecho usted una formulación muy interesante de la “semántica” como un término que debería reservarse para denotar “las conexiones lenguaje/mundo”. También ha sostenido que la propiedad de la dependencia referencial debería ser considerada del todo “sintáctica” porque la investigación no alcanza aún las relaciones lenguaje/mundo; se limita a lo que “está en la cabeza”. Sin embargo, como usted admite (y como cualquiera debería admitir después del obispo Berkeley) el concepto de “lo que está en la cabeza” es ambiguo. Todo concepto está en la cabeza, por supuesto, pero algunos de los conceptos se refieren cosas que están fuera del organismo, como la máquina de escribir, y otros a las que están dentro, como los sistemas conceptuales. ¿Sería una tarea sintáctica, entonces, todo lo que se refiriese a los sistemas conceptuales? ¿La teoría del conocimiento a priori de la metafísica kantiana, por ejemplo?

N.C.— Hume dice en alguna parte que “siempre que estemos de acuerdo acerca de las cosas, no merece la pena discutir acerca de los términos”. El uso del término “semántica” para referirse al estudio de las relaciones lenguaje-mundo y el de “sintaxis” para referirse al estudio de las propiedades de los sistemas simbólicos en sí mismos me parece adecuadamente convencional en algunos casos; por lo que hace al estudio de los “lenguajes formales”, por ejemplo (i.e., la relación semántica entre numerales y números, y la relación sintáctica de la concatenación). En el caso del lenguaje natural supongo que pocos utilizarían el término “se-

mántica” para referirse a las propiedades morfológicas o entonacionales o al comando-c, pese a que todos ellos tienen consecuencias para las relaciones lenguaje-mundo. Esas propiedades se tienen convencionalmente por sintácticas. La propiedad de la “dependencia referencial” me parece que, en ese sentido, encuentra su sitio dentro de la sintaxis. E, incidentalmente, tiene poco que ver en un sentido técnico con la referencia: los principios trabajan aproximadamente de la misma forma en pronombres “referencialmente dependientes” en el caso de “el hombre alto” y en el de “el hombre promedio”, por ejemplo.

Pero sigamos el excelente consejo de Hume e intentemos ser claros respecto de “las cosas”, al margen de los términos que decidamos utilizar. Asumamos, como sugieren ustedes, que entre “las cosas que hay en la cabeza” están los sistemas conceptuales y que algunos de sus elementos son conceptos. Me gustaría llamar “sintaxis” al estudio internalista de esos objetos, ya queden dentro de una *lingua mentis*, en el sentido de Jerry Fodor, o de otro tipo de sistema. Pero de eso no se deduce que “todos los aspectos del sistema conceptual [sean] sintácticos”. Análogamente, el estudio de los elementos morfológicos cae dentro de la sintaxis, pero algunos aspectos de los sistemas morfológicos no son sintácticos: por ejemplo, el hecho de que la pluralidad tiene una interpretación semántica en los sustantivos (“los libros están en el mostrador” y “los libros están en los mostradores” tienen significados distintos), pero no la tienen ni los elementos verbales ni los adjetivos (la inflección plural de la cópula no añade nada nuevo al significado de esas frases). Similarmente, algunos aspectos de los sistemas conceptuales no son sintácticos; por ejemplo, los que tienen que ver con cómo utiliza la gente los conceptos cuando piensa o habla de lo que está fuera del organismo (o dentro de él, para el caso).

Aparece un problema, sin embargo, cuando decimos que los conceptos “se refieren a cosas”. Los términos se usan ahora en un sentido técnico inventado, así que significan lo que su inventor quiere que signifiquen, como sucede en el caso de “tensor” o “indecibilidad”. Por consiguiente no podemos juzgar si la aserción es verdadera hasta que no se nos diga más acerca del significado de los términos técnicos “concepto”, “cosa” y “referir”. No podemos apelar al lenguaje natural. Los lenguajes naturales tienen palabras similares, pero no con el sentido técnico típicamente apropiado. Así, en inglés existen palabras como “referir” y “concepto”, pero no se usan en el sentido en que se pretende aquí. Eso mismo es cierto en otras lenguas similares. Por ese motivo tuvo que Frege inventar un sentido técnico para “Bedeutung” y “Sinn”, y por eso existe tanta variación a la hora de traducir sus neologismos.

No creo, además, que la noción “cosa” del lenguaje natural ayude demasiado. Como dijo Hume, haciéndose eco de una larga tradición que se remonta al menos a Aristóteles, incluso en el caso de la gente, los animales, los ríos, etc., las cosas de que hablamos son “ficticias”, son establecidas por la imaginación y el entendimiento humanos y no se identifican con una “naturaleza” independiente de la mente. Eso es del todo cierto cuando digo que la cosa que más le concierne a John es el destino de la Tierra cuando se refiere él al decir que es horroroso. En el lenguaje ordinario decimos que la gente utiliza palabras para referirse a cosas, pero “cosas” en un sentido que no forma parte de ningún intento de dar una explicación científica o filosófica (si es que una y otra son diferentes, como a menudo se sostiene). Volviendo al ejemplo al que me refería antes, puedo utilizar la palabra “libro” para referirme a lo que Peter y John sacaron de la biblioteca (el *Ulysses*, algo simultáneamente abstracto y concreto). De nuevo sólo nos

encontraremos aquí con una confusión si intentamos interpretar las expresiones del lenguaje natural como lo hacemos dentro del estudio de los sistemas formales, postulando una relación entre el mundo y una cosa: “libro” es a “*Ulysses*” como “primo” es a 7. No me parece que sea así como funciona el lenguaje, ya sea en el sentido fonético o semántico. Y el asunto no mejora, en mi opinión, cuando extendemos el uso de las palabras a los conceptos.

La advertencia de que las interpretaciones equivocadas de la “forma superficial” del lenguaje natural pueden llevar a errores filosóficos se remonta al menos a las críticas del siglo XVIII de la teoría de las ideas, y ha ganado fama en este siglo gracias al último Wittgenstein y a la filosofía del “lenguaje ordinario” de Oxford. Me parece que esa advertencia debe ser tenida en cuenta también en este caso.

Tal como yo lo veo, el estudio de los aspectos mentales del mundo nos lleva a postular la existencia de una variedad de sistemas cognitivos (el lenguaje entre ellos) que tienen sus propias propiedades e interactúan de diferentes formas. El estudio internalista de esos sistemas es lo que preferiría llamar “sintaxis”. El estudio de cómo utiliza la gente esos sistemas se llama a menudo “pragmática”. Si la semántica se entiende como el estudio de la relación de “las palabras/conceptos y las cosas”, utilizando una interpretación no mentalista de “las cosas”, entonces no existe ningún tópico semejante a la semántica del lenguaje natural. La analogía con la aritmética formal desaparece, como sucede también en otras partes. Por el contrario, si la semántica se entiende como el estudio de las relaciones del lenguaje (o los conceptos) con el mundo externo e interno, entonces sí que existe un tópico así; es algo parejo a lo que sucede con la fonética entendida como la relación entre elementos (internos) lingüísticos y movimientos (externos) de moléculas en el aire, etc., pe-

ro sin implicar ninguna noción semejante a la de *referencia*, en su sentido técnico.

Respecto al “conocimiento a priori” en este sentido naturalista tenemos que distinguir varios casos. Uno es el de lo que Konrad Lorenz llamó “el a priori biológico”: los chimpancés parecen saber, por ejemplo, sin necesidad de la experiencia que las serpientes son peligrosas (aunque el “conocimiento a priori” no parece referirse a las serpientes, como indica un análisis más profundo). Sin duda mucho de nuestro conocimiento es similar, esto es, supone esas “partes del conocimiento” que nos vienen de “la mano original de la naturaleza”, en palabras de Hume.

Existe también un conocimiento a priori asociado con las verdades analíticas. Reconozco que la ortodoxia de los últimos cuarenta años sostiene que no existen, pero creo que esa conclusión es problemática. Tenemos que distinguir entre dos casos: (1) lo que metafóricamente se llama “el lenguaje de la ciencia” y (2) el lenguaje humano, un objeto biológico.

Por lo que hace al “lenguaje de la ciencia”, la conclusión es indudablemente correcta. Quine está de acuerdo con Carnap en eso. Pero a menos que uno crea en una altamente implausible teoría de la “homogeneidad de la mente” en la que la física cuántica y lo que mi nieto me cuenta caigan dentro de una misma red sin separaciones, no podemos sacar la conclusión de que el lenguaje carece de propiedades semánticas intrínsecas. Me parece que las evidencias indican abrumadoramente que sí las tiene, de la misma forma que tiene propiedades fonéticas intrínsecas. Estas propiedades intrínsecas parecen llevar a relaciones como la implicación formal y la rima formal. Así, “alfiler” rima con “neceser” y la afirmación de que Peter convenció a John para que fuese a la escuela implica que John intentó (hasta cierto punto) ir a la escuela. Si creo lo primero puedo sacar sin necesidad de

más informaciones la conclusión de que John intentó ir a la escuela, pero no puedo sacar conclusión alguna respecto de las intenciones de Peter.

Los hechos no son controvertibles; se aceptan por todas las partes. Un científico que estudia el lenguaje querrá explicar esos hechos. Los estudios empíricos siguen una línea típica —creo que invariable— de investigación: encontrar las propiedades estructurales de las expresiones que entran en la interpretación y las propiedades semánticas intrínsecas de “persuadir”, “intentar”, etc. ¿Hay alguna hipótesis alternativa? Se asume ampliamente que las distinciones tienen que ver con la profundidad de las creencias, la “importancia semántica”, o algo por el estilo. Pero no se han hecho propuestas sustantivas en esa línea, y los tanteos existentes no tienen buena apariencia, por decirlo de forma suave. No hay forma de evaluar esas tesis, así que uno podría preguntar por qué se supone que tienen tanta fuerza.

Las investigaciones empíricas proporcionan un considerable apoyo a la conclusión de que existen relaciones fonéticas y semánticas mantenidas en base a las propiedades intrínsecas de las expresiones (i.e., la implicación y la rima formales). Sucede que éstas conducen a una distinción analítico/sintética, pero, tal como yo lo veo, esa conclusión no tiene interés filosófico, ni interés particular alguno para el estudio del lenguaje. Pero se podría decir que una categoría de “conocimiento a priori”, entrando quizá en la conducta racional, tiene sus raíces en esos términos.

El mismo razonamiento puede aplicarse a los sistemas conceptuales postulados, en la medida en que los entendemos. Pero eso puede ser porque en sus aspectos relevantes son muy difíciles de distinguir de los sistemas lingüísticos.

9. Es verdad que la búsqueda de universales semánticos se convierte en un proble-

ma siempre que intentemos defender una sentencia como la (3):

(3) Todos los lenguajes tienen la propiedad P.

Una sentencia así tropieza con el hecho de que las propiedades lingüísticas son el resultado de la interacción de factores innatos y factores de la experiencia. Usted mismo apunta que nos encontramos con problemas parecidos si pretendemos buscar universales en otros sistemas. Sin embargo, parece que sí pueden encontrarse universales del sistema visual como es, por ejemplo, la percepción del color a través de la agrupación del continuo de las longitudes de onda de la luz en muy pocos grupos de colores simples y bastante discretos. E incluso “universales semánticos” (en el sentido en el que se emplea ese término en la etnolingüística) relacionados con tales colores simples y con los nombres que toman en las distintas lenguas (Gellatly, 1995).

N.C.— Las propiedades universales del lenguaje, incluyendo en ellas la semántica universal, no caen de ninguna forma sencilla en la categoría (3) (aunque si admitimos la suficiente complejidad siempre podemos reformularlas como (3) de forma irrelevante). Lo mismo puede decirse de las propiedades universales del sistema visual.

Pero muchas generalizaciones toman directamente la forma (3). Consideremos el principio que mencioné antes: un pronombre no puede depender referencialmente de un antecedente al que comanda. Es razonable suponer que se trata de un principio irreductible de la teoría del estado inicial de la facultad del lenguaje, la “gramática universal” (GU) en su sentido contemporáneo. Es, pues, un “universal del lenguaje” en el sentido mencionado, y puede ser reformulado fácilmente de la

forma (3): Sea P la propiedad de que se cumple ese principio; entonces todo lenguaje tiene la propiedad P. Considérese un caso ligeramente más complejo: la propuesta reciente de Richard Kayne de que el orden “de izquierda a derecha” refleja un comando-c asimétrico (su Axioma Lineal de Correspondencia, ALC). Kayne propone que el ALC también es un principio irreductible de la GU. De una cierta versión del ALC se deduce que el orden subyacente de cada lenguaje es sujeto-verbo-objeto. Esta última afirmación es una generalización de categoría (3) derivada de un principio de la GU. No se encuentra directamente en lo que observamos. La tesis sostiene que cuando el orden observado es diferente se han producido operaciones de desplazamiento para modificar el orden universal subyacente. La generalización empírica es de categoría (3), pero está ligada muy profundamente a la teoría: se refiere a las estructuras subyacentes que no pueden observarse.

Ha habido también estudios muy productivos de generalizaciones que son observables de manera más directa, de generalizaciones acerca de los órdenes de las palabras que de hecho vemos, por ejemplo. La obra de Joseph Greenberg ha sido particularmente instructiva e influyente a ese respecto. Esos universales son probablemente generalizaciones descriptivas que deberían derivarse de principios de la GU. El explicarlos en esos términos ha sido un importante proyecto de investigación dentro de la gramática generativa.

También existen generalizaciones de muchas otras clases.

He sostenido que la satisfacción de una forma sencilla de (3) no es una condición de los universales del lenguaje, tal como se entiende el término en la GU contemporánea. Esta difiere de la gramática universal tradicional en este aspecto. La tradición se limita en una considerable medi-

da a las propiedades pretendidamente halladas, ya sea siempre o como una tendencia, “en la superficie” de los lenguajes. Pero la GU contemporánea es una teoría del estado inicial de la facultad del lenguaje, y sus principios no se expresan directamente de la forma (3) aun cuando puedan esconder generalizaciones que tienen esa forma.

Creo que estos comentarios generales se aplican al sistema visual y a otros sistemas.

10. ¿Podemos establecer una diferencia entre los sistemas sintáctico y léxico de los lenguajes, en el sentido de que los sistemas léxicos tienden a reflejar invariantes culturales (particularmente en el caso del lexicon de clase abierta: verbos, sujetos, adjetivos) mientras que los sistemas sintácticos tienden a reflejar categorías universales de especies (la categoría de “instrumento”, por ejemplo)?

N.C.– Dejando de lado las complejidades, podemos decir que el estado inicial de la facultad del lenguaje proporciona un conjunto de propiedades invariantes (llamadas “rasgos”) y dos operaciones: *operaciones de ensamblaje*, que forman ítems léxicos a partir de rasgos, y *operaciones computacionales*, que forman expresiones más complejas a partir de ítems léxicos. Los lenguajes varían en ambas dimensiones, y la variación parece superficialmente muy grande. No hace mucho los lingüistas profesionales daban comúnmente por supuesto que las lenguas podrían variar ilimitadamente en ambos casos, cosa que debe ser literalmente falsa o, de lo contrario, ningún niño podría aprender una lengua jamás. Existe ahora un cierto grado de conocimiento de los factores que restringen nítidamente las formas como pueden funcionar las operaciones computacionales, conduciendo a variaciones tipológicas aparentemente dramáticas como resultado de pequeños cambios (de una forma típica en los sistemas morfológicos).

Debería añadir que estas conclusiones tienen sus raíces en el estudio tradicional del lenguaje, que fue ampliamente dejado de lado e ignorado por las corrientes conductistas y estructuralistas. Su último gran representante fue quizá el lingüista danés Otto Jespersen, quien sostuvo que debe haber una sintaxis universal aun cuando nadie pueda concebir una morfología universal. Replanteando esa conclusión en unos términos que probablemente hubiese aceptado Jespersen, las operaciones computacionales pueden muy bien ser invariantes, mientras que los cambios en los rasgos inflexivos y otros por el estilo pueden tener consecuencias a largo término, ya que proliferan a través de la computación de expresiones complejas.

Es razonable suponer, como sugieren ustedes, que las operaciones computacionales y los factores que entran en ellas son relativamente (o quizá completamente) independientes de la variación cultural. Al mismo tiempo eso parece ser cierto también respecto de al menos algunas de las variedades de los sistemas morfológicos, aunque de esa forma nos aparecen muchas preguntas, sobre todo cuando examinamos una clase más amplia de lenguajes: los lenguajes que requieren que una acción se especifique en términos de su relación con la salida y la puesta del sol, y los lenguajes en los que los objetos son identificados por medio de afijos que especifican si están en una dirección, si se alejan, si cuesta trabajo el obtenerlos, etc. Ese tipo de propiedades abundan también en lenguas más familiares, pero no sabemos cómo se relacionan con los sistemas culturales, o si lo hacen de una forma que no sea trivial.

Como ha sido reconocido desde hace tiempo, las operaciones de ensamblaje son en cierto sentido “arbitrarias”: las propiedades del estado inicial no determinan si un lenguaje utilizará la palabra “libro” o

“book”, o si la cópula se parecerá al inglés “be” o al español “ser/estar”. Cada ítem léxico es una colección de rasgos primitivos, algunos de ellos que funcionan en la interfaz fonética como “instrucciones” para los sistemas sensoriomotores; otros que funcionan en la interfaz semántica como “instrucciones” para los sistemas “conceptuales/intencionales” de la mente/cerebro, que los usan para el pensamiento y la reflexión hablando del mundo, haciendo preguntas y en otras muchas formas. También hay rasgos estructurales de los ítems léxicos, y todo el complejo se combina con las propiedades inflexivas de varias diferentes formas.

Los rasgos primitivos determinan una rica serie de interpretaciones de los ítems léxicos y, por la misma razón, restringen nítidamente su variedad; el ejemplo del “libro” es típico. Pero encontramos a menudo que los lenguajes no concuerdan punto por punto ni en el nivel fonético ni en el semántico. La observación es familiar, pero a veces se olvida. Así, la literatura lógico/filosófica utiliza ejemplos estándar como (11) para ilustrar que las teorías de verdad del significado no son vacías:

(11) la sentencia alemana “Schnee is weiss” es verdad si y sólo si la nieve es blanca.

La sentencia castellana (11) es sencillamente informativa; nos dice algo no trivial respecto del alemán. Pero la fuerza de la ilustración decae considerablemente si extendemos el paradigma en la más mínima forma. Así, la sentencia inglesa “snow is white” es fácil de traducir a muchas lenguas, pero eso no es cierto respecto del paradigma ilustrado por (12)

(12) snow looks (feels, tastes, smells) good.

Formular una teoría estándar de la verdad para el inglés en algunas otras lenguas no es una tarea menor si consideramos esos ejemplos. Hay muchos otros tipos de variación, algunos notablemente sistemáticos. Así, el inglés tiende a utilizar verbos con muy poco contenido semántico como medio para formar construcciones verbales que tienen a menudo ítems léxicos individuales como contrapartida en lenguas como el español (“take in”, “take out”, “take away”, etc.). Similarmente, encontramos que ciertas propiedades como la de “instrumento” pueden aparecer dentro de ítems léxicos o pueden expresarse por medio de inflexiones u operaciones computacionales, con muchas consecuencias para su interpretación. Estos problemas se encuentran entre otros muchos que hacen enloquecer a los traductores y a los que estudian lenguas.

El conjunto de los rasgos de los ítems léxicos reflejan en algunos aspectos la variedad cultural. Al inglés y al español, por ejemplo, les faltan las contrapartidas léxicas de las palabras que se encuentran en lenguajes de la región amazónica o de Nueva Guinea, y al revés. Y la traducción no es una tarea sencilla. Pero de nuevo no se entiende demasiado qué significa eso. Por ejemplo, ¿es un hecho *cultural* significativo del inglés y del chino el que tiendan a utilizar ítems verbales semánticamente vacíos, o que el inglés disponga del paradigma (12) pero otros lenguajes semejantes no?

#### Agradecimientos

Entrevista a Noam Chomsky\* Esta entrevista se ha realizado gracias al Proyecto de Investigación PS95-0059 que lleva el título de “Implicaciones filosóficas y psicológicas de la teoría neurobiológica de la consciencia”, financiado por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Ministerio de Educación (España).



Referencias

- Chomsky, N. (1995), "Language and Nature". *Mind*, 104: 1-61.
- Deecke, L. (1996), "Readiness for Action". The 5th Annual Appalachian Conference on Behavioral Neuroscience. Abstract.
- Gallistel, C.R. (1980), *The Organization of Action*. Hillsdale, N.J., Erlbaum.
- Gellatly, A. (1995), "Colourful Whorfian Ideas: Linguistic and Cultural Influences on the Perception and Cognition of Colour, and on the Investigation of Them". *Mind & Language*, 10: 199-225.
- Kornhuber, H.H. y Deecke, L. (1965), "Hirnpotentialaenderungen bei Willkuerbewegungen, und passiven Bewegungen des Menschen: Bereitschaftspotential und reafferente Potentiale". *Pfluegers Arch. ges. Physiol.*, 284: 1-17.
- Le Gros Clark, W.E. (1964), *The Fossil Evidence for Human Evolution*. Chicago, Ill., University of Chicago Press.

*Aceptado el 19 de mayo de 1997*